

## EL GENERAL DE GAULLE Y LA OPINION

El general De Gaulle tiene antepasados flamencos. Es muy de lamentar para los políticos y los periodistas que desde el «escándalo de Quebec» se esfuerzan por desentrañar qué motivos pudieron impulsar al presidente de la República francesa a comportarse con el desenfado del que dio muestras con quienes lo hospedaban. De ser griego, aquéllos podrían imaginarse algún parentesco entre el antiguo jefe de la «Francia libre» y Alcibíades, que mutilaba su perro para que fuera posible hablar de él. Pero la ascendencia flamenca impide tal paralelo. Los periódicos ingleses, a los cuales el veto que el presidente De Gaulle opuso a la entrada del Reino Unido en el Mercado Común irrita al extremo de que olviden los principios elementales de la corrección, han atribuido esa salida de tono a la avanzada edad del general. Pero quienes a través de la pantalla de la televisión asistieron al discurso de este último, el 10 de agosto pasado, no tuvieron en absoluto semejante impresión. Sin duda, el cabello del estadista francés ha encanecido, su voz es más sorda, el cuerpo está mucho más torpe que en los lejanos días de la guerra; pero el hombre apareció idéntico al que era: elocuente, mordaz, tortuoso y convencido de la importancia de Francia en el mundo cuando tiene la dicha de que la guíe el general De Gaulle.

Por consiguiente, queda por averiguar por qué el general De Gaulle infringió en Quebec las normas de la cortesía diplomática y—corolario digno de que se examine—por qué los órganos del mundo libre aprovecharon la oportunidad para destrozarse a dentelladas a un hombre al que habían ensalzado y alabado durante años cual a un héroe y hombre político genial.

## I

## EL ASUNTO DE QUEBEC

La Exposición de Montreal ha sido una ocasión de visita a Canadá de diversos jefes de Estado. Al general De Gaulle se le invitó a hacerse presente. Nada parece más normal, si se piensa en los vínculos que unen a Canadá con Francia. Existen seis millones y medio de canadienses que todavía hablan el francés en la provincia de Quebec. En el transcurso de las dos últimas guerras mundiales, Canadá envió sus tropas a combatir en Francia. Por todo ello, los canadienses son mirados con cariño en Francia, y Francia, a su vez, goza de especial consideración en su antiguo dominio colonial. Sin embargo, los iniciados sabían que el deseo del general De Gaulle de trasladarse a ese país amigo no encantaba a los hombres políticos de Ottawa. El paso de Francia de la Alianza Atlántica a una especie de neutralidad rusófila había enfriado en estos últimos meses la amistad franco-canadiense. Indicio evidente de ello fue la sorprendente ausencia de miembros del Gobierno francés en las ceremonias que conmemoraban en Viny-en-Artois el sacrificio de las unidades canadienses durante la primera guerra. En segundo lugar, los hombres políticos canadienses se preguntaban si la presencia del general De Gaulle no iba a dar pábulo al movimiento separatista que se manifiesta entre los canadienses franceses.

En efecto, parece ser que, a pesar del rápido desarrollo y de la prosperidad de Canadá (la renta *per capita* es de 1.700 dólares), el antagonismo de la mayoría anglosajona y de la minoría francesa se ha incrementado en el transcurso de los últimos años en vez de reducirse, como lo esperaba la mayor parte de los observadores. Se creía que ese problema de minoría nacional estaba resuelto merced a la sabia política británica, que dio partes iguales a las dos poblaciones de su dominio americano. Se decía que la minoría francesa había resistido a la influencia inglesa gracias a sus cuadros—singularmente a su clero—, a su lengua y a una emocionante fidelidad a su pasado. Claro, los recuerdos de los malos tratos infligidos a los vencidos por los vencedores británicos, tales como la deportación de los canadienses y las sanciones impuestas a los sublevados después de sus fracasos, entraban a formar parte de esta resistencia. Pero desde hacía un siglo las dos etnias de

Canadá vivían pacíficamente la una junto a la otra. Sin embargo, en estos últimos años aparecieron síntomas de tensión.

El movimiento de emancipación de las colonias, que hemos visto desarrollarse por el mundo desde la segunda guerra mundial, ¿ha suscitado esperanzas en la minoría francesa? O bien ¿atiza el fuego el mundo comunista, con el afán de crear al Norte de los Estados Unidos un Estado hostil o receloso de los anglosajones? Cabe preguntárselo. Algunos observadores facilitan otra explicación. Hacen observar que la evolución material de la comunidad inglesa y de la comunidad francesa de Canadá ha acentuado las diferencias entre sus niveles de vida. Teóricamente, en virtud de los textos legislativos, los franco-canadienses gozan de los mismos derechos que los anglo-canadienses. Pero estos últimos son quienes dominan el mundo político del país y proporcionan el alto personal de las grandes industrias, de los grandes negocios comerciales y los miembros de los Consejos de Administración. Los descendientes de los campesinos franceses—bretones, angevinos y originarios del Poitou—siguen teniendo, según se dice, la mentalidad conservadora que se da en algunos lugares de la provincia francesa. (Buenos observadores han señalado que estos franceses de Canadá estaban probablemente más cerca de la antigua Francia que los actuales franceses educados en el culto de la Revolución.) Han proporcionado abogados, profesores, eclesiásticos y campesinos a la comunidad canadiense, pero pocos hombres de negocios de altura y escasos científicos. Por ello, se ven postergados por los canadienses ingleses. Estos tienen la riqueza y el poder. Se ha comentado que la mayor parte de los actuales ministros del Gobierno canadiense no hablan francés. Los franceses representan la genticilla. Este extremo no se les pasa por alto y les causa una especie de rencor. De ahí que haya surgido entre ellos el deseo de transformar una situación política y social establecida en su perjuicio.

Evidentemente, los financieros norteamericanos no están lejos y se brindan solícitos para asegurar la transformación del Quebec situando allí sus capitales, sus dirigentes de industrias y su civilización. Pero los canadienses franceses saben que tal significaría, en primer término, su colonización material y, después, espiritual. De hecho, hay miles de canadienses franceses que se han ido a trabajar al Sur de los Grandes Lagos y que se han americanizado. De ahí se deriva cierta desconfianza hacia el «neo-colonialismo» yanqui. Cabe imaginar que la gente de Quebec y de Montreal piensa que corre el riesgo de perder su auténtica civilización si se liga a los hombres de negocios norteamericanos. Y no quiere vender su alma al diablo. Por este motivo se ha

visto florecer en el Canadá francés una corriente autonomista cuyo exponente más violento es el *Rassemblement de l'Indépendance Nationale* (Agrupación de la Independencia Nacional), de tendencias izquierdistas, en tanto que el centro y la derecha reclaman únicamente que se enmiende el estatuto actual.

La crisis estaba latente. Cuando la reina Isabel II fue a Canadá en 1964, los canadienses franceses le dispensaron una acogida más bien fría. Los malos recuerdos del pasado y los agravios actuales se mezclaban para crear un ambiente agrio. Los órganos de información del «mundo libre» pasaron de largo ante este hecho. Pero los canadienses de Ottawa, lo mismo que los de Quebec, no lo olvidaban. Cuando supieron que el general De Gaulle iba, a su vez, a visitar Canadá se preguntaron cómo reaccionaría la gente de Quebec y de Montreal.

En los tiempos de la Francia libre no es que los canadienses franceses fueran grandes admiradores del general refugiado en Londres. Por conocer a los británicos, los descendientes de los vencidos de 1763 abrigaban algunas dudas respecto al altruismo que impulsa a los británicos a combatir a los tiranos opresores de los pueblos a través de la Historia. Muchos de ellos mostraban simpatía por el mariscal Pétain y por sus seguidores, pues su apego a los valores de la antigua Francia les gustaba. Incluso después de la guerra, cuando la depuración estaba en su apogeo en Francia, uno de los jefes de la Milicia, el señor De Beurnonville, se refugió en Quebec. El Gobierno de la IV República pidió su extradición. El de Quebec, pese a la presión de Ottawa, se negó a entregar al oficial francés y le permitió que se trasladara a Hispanoamérica. Pero ha corrido mucha agua desde aquellas lejanas querellas. Estas no han perjudicado a la visita del presidente de la República francesa. Para los canadienses franceses era el primer magistrado de su antigua metrópoli que venía a verlos. Esto lo borraba todo.

Al general De Gaulle se le dispensó, pues, una acogida entusiasta en los pueblos del San Lorenzo, el antiguo «camino del Rey», en Quebec y en Montreal. Si, como se lo reprochan sus enemigos, el general De Gaulle se toma por Francia y sus héroes nacionales, pudo saborear las aclamaciones de un pueblo que ha conservado una fidelidad conmovedora para un francés a su antigua metrópoli. El presidente de la República debió de encontrar ese incienso sumamente grato. ¡Qué diferencia entre aquellas aclamaciones sin reticencias y las críticas que le dirige a diario una creciente oposición! Pero sería desconocer al general De Gaulle si se pensara que unas ovaciones pue-

den hacerle perder la cabeza. No cabe pensar que es hombre a dejarse arrastrar por el calor comunicativo de los banquetes. Bien se vio en Argelia. El general oyó en 1958 ovaciones delirantes de parte de los colonos europeos. Las escuchó, alzó los brazos, anunció que había comprendido a sus generosos conciudadanos e hizo todo lo contrario de lo que le pedían.

Antes de trasladarse a Canadá, el presidente de la V República había estudiado la cuestión con toda seguridad. Conocía a su público. Sabía cuáles eran sus pasiones y cuáles sus aspiraciones. Jugó con ellas con la destreza de un hombre de experiencia. De acuerdo con el método que le es propio, procedió a una graduación para concluir con la traca final del «¡Viva Quebec libre!» en Montreal. Los comentaristas que imaginaron que el jefe del Estado francés lanzó ese apóstrofe bajo los efectos de la emoción no parecen haber cotejado los diferentes discursos de la jira canadiense. Su lectura muestra que todos están hechos en torno al mismo tema. El que provocó escándalo dice a las claras lo que apenas si estaba velado en los demás.

Durante la cena en el hotel Château-Frontenac el general dijo a los canadienses franceses: «Vuestra resolución de sobrevivir en cuanto inquebrantable y compacta colectividad, después de haber revestido durante mucho tiempo el carácter de una especie de resistencia pasiva a todo lo que amenazaba comprometer vuestra cohesión, ha adoptado ahora un vigor activo al convertirse en la ambición de *aprovechar todos los medios de emancipación* y de desarrollo que la época moderna brinda a un pueblo...» «Asistimos aquí, como en diversas regiones del mundo, al surgir de un pueblo que en todos los ámbitos *quiere disponer de sí mismo y tomar su destino en sus manos*... Este acontecimiento Francia lo acoge con toda su alma... Lo que tendrán que hacer los franceses de aquí, *una vez que hayan pasado a ser dueños de sí mismos*...» Estas frases entrañan ya la idea de que los canadienses franceses no son todavía libres, pero que van por el camino que conduce a la libertad y que Francia los ayudará.

Por haber excitado tales discursos el entusiasmo de las poblaciones, el general habló cada vez más claramente al día siguiente. En Donnacona dijo: «Un pueblo—y sois un pedazo del pueblo francés—no debe depender sino de él mismo.» Y profetizó: «Es lo que va a suceder. Lo veo. Lo presiento.» En Sainte-Anne-de-la-Pérade: «Seréis lo que queréis ser, es decir, dueños de vosotros mismos.» En Trois-Rivières: «El Quebec se hace dueño de su destino y lo consigue pacíficamente... *Es el imperativo de nuestro tiempo que cada pueblo deba disponer de sí mismo*. Estoy convencido de que tal es lo

que está sucediendo aquí.» Finalmente, en Montreal, donde los partidarios del R. I. N. agitaban carteles que glosaban la divisa de Drumont: «Quebec para los quebecenses», «Quebec libre» y «Quebec, sí; Ottawa, no», el general, al balcón de la Casa de la Villa, pronunció las dos frases fatales: «Durante todo el recorrido me he encontrado en una atmósfera semejante a la de la liberación» y «¡Viva el Quebec libre!», «¡Viva el Canadá francés!» (pero Canadá sin adjetivo se silenciaba).

La actitud de su huésped les pareció un desafío a los canadienses ingleses. Se les antojó que el general minaba públicamente la unión nacional al apoyar a los elementos que quieren separar el Quebec de las demás provincias del país. El Gobierno canadiense publicó un comunicado declarando inaceptables tales declaraciones y precisando que los canadienses no necesitaban que se les liberara. El general respondió a esta reconvención tomando el avión y regresando a Francia sin ir a Ottawa, adonde había de trasladarse después de su visita a Montreal. Así evitaba una explicación franca con Mr. Lester Pearson y acaso también los incidentes desagradables que eran de prever de parte de los canadienses ingleses. Pero al dar un portazo en esta forma originó un segundo escándalo.

## II

### LOS MÓVILES DEL GENERAL

En esto el general De Gaulle era fiel a sí mismo y al jefe de Estado que a raíz de Yalta rechazó la invitación del presidente Roosevelt. Por confundirse con Francia, el hombre no admite ninguna crítica. Es lo que lleva a sus enemigos a decir que todavía cree que la Francia del tercer tercio del siglo XX tiene aún en el mundo la importancia de la Francia de Luis XIV y de Napoleón. Eso está claro.

Lo que está menos claro es la razón que le impulsó a levantar la liebre de la reforma canadiense. Los observadores que miran los acontecimientos del mundo minimizándolos dicen que el general buscó un éxito personal para paliar sus dificultades internas. El presidente De Gaulle, obligado a entablar una fastidiosa batalla con la oposición por cuestiones económicas que le resultan aburridas, prefirió situar su acción en el terreno de la gran política internacional, que es lo suyo. Sabe que un apego sentimental hacia los fran-

ceses desgajados de la metrópoli desde 1763, pero obstinadamente fieles a su civilización, existe en Francia desde la edad escolar. El general De Gaulle pertenece a la generación que emocionaron novelas tales como *María Chapdelaine*, *Un hombre se asoma a su pasado* y *Manitoba*. Pensó que éste era un tema susceptible de inflamar las imaginaciones. Por consiguiente, jugó esa carta.

Por el contrario, los gaullistas creen que el general actuó ateniéndose rigurosamente al principio de las nacionalidades, ya invocado cuando combatía la hegemonía hitleriana sobre la Europa continental y cuando descolonizaba el Imperio francés. El pueblo canadiense francés existe. Ha resistido a la influencia anglosajona durante más tiempo que los polacos resistieron a sus diferentes dueños después del reparto de su país. Semejante hecho muestra una incuestionable vitalidad. Por tanto, los canadienses franceses tienen derecho a la igualdad absoluta con los canadienses ingleses (lo mismo que los argelinos durante la primera etapa de la política gaullista), y si no es posible un acuerdo, tienen derecho a la autonomía e incluso a la independencia. Por ser francófona la gente del Quebec, es normal que el presidente de la República francesa se convierta en su defensor. Todo ello es conforme a la lógica interna del general. Pero esa lógica es susceptible de intranquilizar a los Estados aliados o vecinos de Francia.

La teoría de las nacionalidades encierra una temible fuerza explosiva. Napoleón III la utilizó antaño para hacer saltar hecha añicos a la Europa que salió de los Tratados de Viena. Los vencedores de la primera guerra mundial la utilizaron para destruir el viejo Imperio austro-húngaro y crear los pequeños Estados cuya debilidad había de convertir a la Europa central en palenque de Alemania y de la Rusia soviética. Puede convertirse en brulote infernal de aplicarla con la lógica jacobina del general De Gaulle. En virtud de ese dogma, cualquier minoría que tenga alguna importancia puede reivindicar su autonomía o su independencia. ¿Cuántos Estados actuales resistirían a semejante desintegración?

Otro motivo de inquietud para los observadores extranjeros proviene de la intromisión del Gobierno francés en esa cuestión puramente interna que representa el Estatuto de los canadienses francófonos. Al cometerla, el general De Gaulle parece asignarse la misión de asumir la defensa de las minorías francesas que pertenecen a otros Estados. Después de disolver el Imperio francés por no ser franceses los magrebíes y los negros, en nombre de los mismos principios se trataría de reconstituir una especie de confederación.

moral, de momento, pero que mañana acaso fuera política, si tales minorías se emanciparan. Es lo que llevaría al general De Gaulle a guiñar hacia la herencia de Montcalm después de haber rechazado la de Bugeaud. Esta actitud recuerda irresistiblemente la de Hitler cuando pretendía proteger a los alemanes de los Sudetes, de Memel y de Dantzig de los checoslovacos, los lituanos y los polacos. Es evidente que nadie se imagina al presidente de la V República, incluso con sus aviones «Mirage» y su bomba atómica, reivindicando Quebec y Montreal con las armas en la mano. Si bien la conquista queda excluida, están permitidas las maniobras políticas. La jira canadiense parece ser una de ellas.

Pero minorías francesas en situación de tirantez con los Estados donde están afincadas no se encuentran sólo en Canadá. A las puertas de Francia, los valones tienen agrias polémicas con los flamencos y los autonomistas del Jura luchan contra el Gobierno de Berna. El secretario general del *Rassemblement jurasien* (Agrupación del Jura), Roland Béguelin, hizo una declaración elocuente a este respecto: «Para todos cuantos, de lejos o de cerca, participan en el combate de una minoría de lengua francesa, el apoyo moral prestado a los quebecenses por el general De Gaulle es un acontecimiento considerable. Este acto, todo de valentía y de verdad, tiene un alcance más general. Para nosotros, habitantes del Jura, lo mismo que para los quebecenses, equivale a un potente pisar el acelerador... Si Charles De Gaulle tuviera la oportunidad de presentarse en nuestras ciudades y en nuestro campo se le dispensaría la misma entusiasta acogida que a orillas del San Lorenzo.»

Este es un primer eco que no pasará inadvertido en Suiza, donde la Prensa no ha ocultado su desaprobación con relación a una política que puede quebrantar la unidad de la Confederación Helvética. Pero la reprobación hacia el general De Gaulle no se ha manifestado sólo en los países interesados.

### III

#### LA COALICIÓN ANTIGAULLISTA

Si bien el Canadá francés parece haber conservado su entusiasmo hacia el jefe del Estado francés, la Prensa del «mundo libre»—incluida la francesa—se ha desencadenado con una violencia y un conjunto que harían dudar

un poco de su espontaneidad. Los franceses—si se han de creer los sondeos de los servicios oficiales de París—han desaprobado el desenfado de su presidente, al que parece haberle llegado la hora del ocaso.

La hostilidad de la Prensa occidental respecto al general, que en los tiempos de la lucha contra la O. A. S. seguía siendo todavía su predilecto, se ha hecho patente. Se explica. Los órganos esenciales de información del mundo libre—Agencias de Prensa, grandes emisoras de radio y diarios de gran tirada—están estrechamente vinculados a los Estados Unidos, a Inglaterra y a la potencia financiera israelita, cuando no israelí. Mas el general De Gaulle al retirar a Francia de la O. T. A. N., adoptar una actitud cada vez más claramente antiamericana y negar la entrada en el Mercado Común a Inglaterra se ha puesto de frente al mundo anglosajón. Su actitud en el reciente conflicto del Oriente Medio, en el que ha desaprobado a Israel por haberse tomado la iniciativa de los combates y suspendido el envío de material bélico a Tel-Aviv (donde, sin embargo, había llegado mucho en víspera de las hostilidades), ha irritado a los amigos de los sionistas, que forman legión en el mundo de la información. Por consiguiente, el escándalo canadiense se ha comunicado, descrito y comentado por doquier con una evidente carencia de indulgencia.

El *Times* ha dado la nota hablando de la necesidad de «preparar una línea de conducta... durante el largo y triste proceso de decadencia del general». El *Guardian* escribe agudezas sobre el presidente: «Esto es más propio de un bufón político que de un estadista en visita.» El *Washington Post*, por su parte, prefiere parodiar a Fígaro: «Cada vez más, lo que hace De Gaulle nos enfurece menos de lo que nos entristece y acaso nos entristece menos de lo que nos divierte.» Ya se ve la tónica. El hecho es tanto más llamativo cuanto que el oscuro general de brigada provisional que era Charles de Gaulle en 1940 conoció la celebridad gracias a la enorme máquina propagandística anglosajona. Actualmente ésta se apresta a destruirlo, como destruyó a Poincaré en 1924 y a Pétain en 1940-45, y como tratará de destruir a cualquiera que le parezca indeseable al frente del Gobierno francés.

Lo grave para el general es que gran parte de los diarios y de los hombres políticos galos, lo mismo los veteranos de las anteriores Repúblicas que los jóvenes políticos que mariposean en torno a Lecanuet, Mitterrand y Mendès-France, han adoptado una posición análoga. El mismo «francés medio» se ve contagiado. El último sondeo de la opinión pública ha revelado que la mayoría de los franceses interrogados condenan la falta de diplomacia de su

presidente en Canadá. El viejo nacionalista que es el general creyó encontrar del otro lado del Atlántico un tema que hiciera vibrar la imaginación y la sensibilidad de sus compatriotas. Pero éstos sólo se interesan por su hexágono y, más aún, por sus intereses particulares. «Bisté, dormir», decía Montherland después de los acuerdos de Munich. Si se agrega a esta fórmula el auto y las vacaciones se tendrá un acertado resumen de las aspiraciones del ciudadano francés en 1967, aunque, por supuesto, éste es válido para toda la Europa occidental.

Semejante ideal es escasamente compatible con la política de «grandeza» del general, política cuyo carácter esencialmente verbal escapa difícilmente a las mentes críticas de que Francia no carece. El presidente De Gaulle ha perdido el apoyo de la izquierda, que ha reanudado su combate después de la liquidación del Imperio francés, que deseaba sin atreverse a acometerla. Tiene a la derecha, entre petainistas y partidarios de la Argelia francesa, a unos enemigos irreductibles. Para gobernar le quedan los «incondicionales», la masa apolítica, que todavía se muestra sensible a su leyenda, y, finalmente, la política ambigua de los comunistas, cogidos entre su hostilidad hacia el poder personal y su aprobación a una política exterior antiamericana que la izquierda francesa no haría. Es un margen muy estrecho que corre el riesgo de reducirse más aún si las medidas financieras impopulares que el Gobierno Pompidou ha tenido que adoptar no mejoran la situación económica del país. Aunque el general De Gaulle no pueda ser derrocado—al menos directamente—, no sucede lo mismo con su frágil mayoría parlamentaria, que está a merced de unos cuantos diputados. Evidentemente, el presidente podría disolver la Asamblea, pero apelar a unos electores descontentos por los sacrificios que se les impone e inquietos ante el porvenir sería una aventura muy arriesgada. Las perspectivas del gaullismo, más bien sombrías desde las elecciones legislativas del pasado marzo, parecen todavía más sombrías después del alboroto de Montreal. De ahí que sean muchos los franceses que esperan, no sin preocupación, la gran ofensiva de otoño que los Sindicatos y los partidos de la izquierda se aprestan a lanzar contra el poder.

CLAUDE MARTIN